

PRESENTACIÓN

DE OBSERVADORES A PARTICIPANTES:
LA EVOLUCIÓN DEL PAPEL DE LOS PERIODISTAS EN AMÉRICA LATINA¹
Ginger Thompson²

Sospecho que al terminar con una corresponsalía todo reportero se queda con el deseo de haber profundizado más sobre algunas historias. Tras una década de trabajar en 12 países latinoamericanos, la lista de historias que cabrían en esa categoría es demasiado larga para publicar. Al leer los capítulos de *Violencia y Medios 3*, una historia en especial vino de forma repetida a mi mente.

En 2005, una mañana fresca de abril, Guadalupe García acababa de terminar su programa de radio y se iba a casa para dar de comer a su hijo adolescente. Ni siquiera alcanzó a llegar a su auto. Un hombre armado disparó a esta mujer menuda, dejándola desangrándose en el estacionamiento, con nueve heridas de bala.

La señora García era conocida por sus amigos como una mujer vital y algunos la consideraban hasta peleonera. En este caso, luchó hasta el final y no murió con la boca cerrada. Antes de que llegara la ambulancia llamó por su teléfono móvil a su madre, para avisarle que le habían disparado y que estaría bien. Durante el trayecto al hospital, no paró de hablar con los paramédicos. Aguantó 12 días antes de ceder a sus heridas. Tenía 39 años.

Guadalupe García se dedicaba a una de las profesiones más peligrosas en el hemisferio occidental: era reportera de crimen. Hacía su

¹ Traducción del inglés: Emma Robles.

² Ginger Thompson fue corresponsal en América Latina para *The New York Times*, *The Baltimore Sun* y *The Chicago Tribune*. Ganadora del Premio Pulitzer (2001) y del Premio Maria Moors Cabot (2006), actualmente trabaja desde Washington como corresponsal nacional para *The New York Times*.

de los puestos más altos del Gobierno cumplieran con sus promesas de una distribución más justa de la riqueza generada por el alza del precio del petróleo y el aumento del comercio exterior. Confiaban en que el presidente Fox cumpliría con esas promesas.

La mayoría de los medios mexicanos o no se percataron o ignoraron el cambio histórico que sucedía a su alrededor. Al tomar sus pautas de la élite mexicana, los periódicos y las cadenas de televisión no tomaron en serio la importancia de la candidatura presidencial de Vicente Fox hasta el día de su victoria electoral, cuando el piso se les movió debajo de sus pies.

Los medios de comunicación que habían operado como apéndices del PRI cayeron de repente en la incertidumbre sobre su rol y sus ingresos. Unas cuantas agencias de noticias continuaron con la costumbre de siempre, utilizando sus páginas y programas para apoyar al nuevo partido en el poder. Otras se fueron al otro extremo, al emitir noticias sensacionalistas exagerando la importancia hasta de los errores más insignificantes del Gobierno.

Sin duda, hubo avances importantes. En un lapso relativamente breve comparado con los procesos en otras democracias incipientes, los medios mexicanos ganaron muchos derechos nuevos, entre ellos el acceso a la información gubernamental y protecciones a las fuentes confidenciales.

Algunos medios aprovecharon esa libertad para ejercer un periodismo investigativo y en pro del consumidor, aunque muchas veces era difícil distinguir si su motivación principal era la de ponerse al servicio de agendas políticas o del público.

El caos resultante del cambio político se agravó por eso que ha sido llamado, equivocadamente, la «guerra» de México contra el narcotráfico. Cualquiera que alguna vez haya estado inmiscuido en dicha guerra sabe que el nivel de corrupción entre las fuerzas de seguridad mexicanas es tan elevado, que les ha dejado impotentes para librar una lucha verdadera. Por eso es que las únicas guerras importantes son aquellas que surgen entre las bandas de narcotraficantes rivales.

PRESENTACIÓN

Las batallas más feroces surgieron en Nuevo Laredo. El presidente Fox capturó a Osiel Cárdenas, líder del temido cártel del Golfo, el cual tenía a su cargo el manejo del tráfico de drogas en ese sector de la frontera entre México y Estados Unidos. Después las mafias rivales intentaron tomar el control de las rutas del tráfico del cartel del Golfo. Los códigos de comunicación que hasta entonces gobernaron las relaciones entre los cárteles y, a la vez, aseguraron que los civiles quedaran a salvo de la violencia, fueron abandonados casi de inmediato. Y justo cuando la prensa comenzaba a aprovechar sus nuevas libertades para informar más a fondo del crimen y la corrupción, los ataques contra reporteros aumentaron.

La violencia era una prueba contundente del compromiso del Gobierno foxista con la justicia. Pero los ataques también tuvieron un impacto dentro de la comunidad de periodistas mexicanos, quienes se vieron obligados a reflexionar sobre su propio papel en la transición democrática.

Este proceso de reflexión continúa no sólo en México, sino en toda América Latina. En los últimos 30 años el continente ha presenciado el fin de las guerras civiles y el repunte del crimen transnacional, el reemplazo de las dictaduras por regímenes electos de forma democrática, y la conversión de las economías cerradas en mercados libres.

Violencia y Medios 3 abre una ventana a dicho proceso de reflexión. Aunque los autores escriben desde países distintos, y sobre temas diversos, lo que queda claro en todas sus contribuciones es su sentido innato de que la libertad de prensa les impone deberes lo mismo que derechos, y que es justamente al intentar definir estos deberes donde los periodistas enfrentan los retos más difíciles.

Estas páginas están llenas de temas espinosos, incluido el debate sobre si hacer público el nombre de un acusado antes del juicio le quita a éste su derecho a la presunción de inocencia. Exploran cómo la cobertura periodística de la delincuencia permite que las sociedades echen la culpa de sus peores pecados a fuerzas externas en lugar de investigar todo que está podrido dentro de ellas mismas. Un capítulo muestra

cómo el partidismo político ha dejado tan manchada la cobertura de la guerra civil en Colombia, que se ha vuelto imposible distinguir entre la realidad y la ficción.

Casi todos los textos me hicieron recordar los temas que yo cubrí durante mi tiempo como corresponsal en América Latina. Pero por haber vivido todo este periodo en México, el que tuvo más impacto en mí fue el dedicado a la oleada de ataques contra periodistas mexicanos. Este texto destaca la vulnerabilidad de los reporteros, al informar que ni una sola persona ha sido acusada formalmente por ninguno de estos crímenes. Más allá de la culpabilidad de los Gobiernos, cuestiona también en torno a la culpabilidad de los propios medios al dejar abandonados a sus reporteros cuando sus investigaciones amenazan a los poderes establecidos.

Este abandono me hizo pensar en Guadalupe García. Después de que murió, las instituciones a cargo de seguir la pista al hombre que la mató intentaban echarle toda la culpa a ella. Alegaron que usó su posición como periodista para servir de informante al cártel del Golfo, por lo cual ella misma, supuestamente, se convirtió en blanco de los grupos mafiosos rivales.

Jamás podría yo afirmar la certeza de las acusaciones contra la señora García. La policía se negó a hacer públicas las evidencias del caso hasta concluir con las investigaciones. Por su parte, la familia tenía pocas pruebas que ofrecer en defensa de la señora García.

El resultado fue justo el que esperaban los funcionarios que divulgaron los rumores. Por mi experiencia en México, no fue la primera vez que presenciaba que la respuesta del Gobierno a un asesinato fue sembrar más dudas, en vez de llegar a conclusiones confiables. Responsabilizar a las víctimas de los delitos cometidos en su contra ha sido una estrategia utilizada por las autoridades en numerosas ocasiones para encubrir su fracaso en brindar justicia.

No soy experta en los medios mexicanos. Mi comprensión del tema proviene, en gran parte, de ser observadora y lectora ávida, y de los reporteros y editores que han sido tan generosos de compartir sus ex-

PRESENTACIÓN

perencias conmigo. Según mis observaciones, los medios, en lugar de presionar al Gobierno para que encontrara al asesino de la señora García, se apresuraron a repetir los alegatos del Gobierno sobre la supuesta corrupción de la víctima; sin hacer énfasis en la amenaza que constituía el asesino para una sociedad libre, muchos periodistas optamos por reproducir las acusaciones de que la amenaza era la señora García.

El asesinato de Guadalupe García como tal, no era una noticia sin precedentes. Todos sabemos muy bien que para los Gobiernos nuevos es muy difícil romper de la noche a la mañana con los esquemas anti-gueros. La mayoría de los periodistas estamos conscientes, en todo caso, de que en cualquier transición democrática tenemos la obligación de ser participantes activos y no quedarnos como observadores.

El asesinato de la señora García nos desafía a cumplir con tal obligación. Los autores de *Violencia y Medios 3* nos ofrecen ejemplos de cómo hacerlo.

